

III.

Los Persas reunieron bajo su dominación toda el Asia hasta el Indo; al Norte se extendieron hasta el mar Negro, el Caspio y el monte Cáucaso; al Oeste pasaron el Mediterráneo y echaron jalones en África y en Europa. Su imperio abrazó todos los Estados que habían brillado en el Oriente, la Bactriana, la Media, Ninive, Babilonia, la Fenicia, la Siria, la Lidia y el Egipto. Mas los grandes reyes, los primeros en la carrera, no hicieron más que bosquejar la dominación universal, que siguió siendo ambición constante de los conquistadores. En realidad, juntaron, más bien que unieron, las naciones. Los príncipes vencidos conservaban la administración de los países conquistados. Solamente en tiempo de guerra obedecían todos á un jefe: cincuenta y seis pueblos seguían á Jerjes en su expedición contra la Grecia. En tiempo de paz recobraban su individualidad, y los había que disfrutaban una independencia casi completa. Con todo, la opresión era más dura que lo fué despues la administración de los procónsules romanos, un despotismo en toda su brutalidad. No obstante, estos bárbaros conquistadores establecieron entre los pueblos lazos que todavía subsisten; las caravanas que parten de Esmirna para Ispahan recorren las rutas que los Persas abrieron entre el Alta Asia y el Asia Menor. Los grandes reyes, al construir las, sólo pensaban en las necesidades de la guerra; pero, en los designios de Dios, sirvieron para el comercio muchos siglos despues de haber desaparecido hasta el nombre del imperio de los Persas.

Alejandro puso fin á su dominación: la que él mismo quiso fundar no pasó de un sueño, de una quimera. Trató de unir al Oriente con el Occidente, de suerte que desapareciera toda diferencia entre ambos mundos. La oposición entre la Europa y el Asia es demasiado profunda para que pueda borrarse; sin embargo, todos los conquistadores han acariciado este quimérico propósito. La monarquía universal, enemiga nata de toda diversidad, ve un ideal en la unidad absoluta, y le sacrifica cuanto de individual hay en el genio de las naciones. La misión de Alejandro era más alta, aproximar á los pueblos y extender la civilización helénica por un mundo desconocido todavía de la Europa: descubrió, más bien que conquistó, el lejano

Oriente, y esto bastó para producir una revolución en las relaciones comerciales.

Roma realizó la ambición de los conquistadores. Durante el imperio, los poetas cantaron que la dominación romana concluía con los límites de la tierra, y los emperadores se decían los señores del mundo. Hoy, que se han descubierto nuevos continentes, rebajamos á su justo valor las pretensiones del pueblo-rey. Aún prescindiendo de la América y la Oceanía, los Romanos estaban lejos de poseer la tierra conocida de los antiguos. Fuera del imperio había un mundo que los Romanos despreciaban y cuya existencia afectaban ignorar. Los Bárbaros cubrían el Norte de la Europa y del Asia, y estaban destinados á destruir el magnífico edificio de la unidad romana. En Europa, el imperio no pasaba del Rhin y del Danubio. Entre las islas de Occidente, los Romanos sólo ocupaban la Bretaña; la Irlanda, la Suecia y la Dinamarca les eran desconocidas. En Asia, el Eufrates formaba el límite de sus conquistas. Así el Oriente casi entero, los inmensos imperios de los Partos, de la India y de la China y el África, á excepcion de las costas del Norte, permanecieron independientes. Si, despues de las guerras proseguidas sin descanso durante diez y ocho siglos, los Romanos, aún en medio de las circunstancias más favorables, sólo pudieron conquistar una pequeña parte de la tierra, ¿quién osará todavía aspirar á la monarquía universal?

Era un estado contra naturaleza esta unidad cuya magnificencia echan de ménos no pocos historiadores. Bajo la falsa uniformidad de la administración romana se ocultaban gérmenes de discordia, diversidad de raza, de lenguas y de costumbres; y esto explica la rapidez con que los pueblos se separaron del imperio despues de la invasión de los Bárbaros. En vano pretendía Roma realizar la unidad universal; los Bárbaros y los esclavos protestaban contra esta falsa unidad. Los Bárbaros, que poblaban los mercados de esclavos; los esclavos, más numerosos que la población libre, ¿se verán eternamente excluidos de la gran familia humana? La antigüedad lo creía así; por esto fué necesario que sucumbiera para ceder el puesto á un mundo nuevo; y á fin de que la lección fuese más elocuente, Dios escogió á los Bárbaros para inaugurar la era de la civilización moderna. La unidad romana, sin embargo, es una imagen de la asociación de los pueblos; imagen grosera, puesto

que está fundada en la violencia, pero que basta para producir una parte de los beneficios que resultarán un día de la asociación libre de los pueblos. Á medida que los hombres se aproximan, el círculo de sus ideas y de sus sentimientos se ensancha. Un historiador griego llama á Roma la ciudad común y filantrópica por excelencia. Á la caída de la república, Roma cesó de ser la señora del mundo para trocarse en la capital del imperio; y en este inmenso imperio, ya no hubo ni vencedores ni vencidos; todos fueron llamados á participar de los derechos del pueblo romano.

Verdad es que no había derechos políticos bajo el despotismo del imperio; pero la unidad romana fué provechosa para el derecho civil. El derecho romano comenzó por ser estrecho, como las ideas del pueblo cuya expresión era. Cuando Roma entró en relación con las naciones extranjeras, se introdujo en ella un elemento más lato; la equidad y la humanidad se sobrepusieron al espíritu formalista de la antigua jurisprudencia, dando por resultado ese admirable derecho cuyo imperio se extendió mucho más que la dominación del pueblo-rey. Las mismas ideas religiosas sufrieron la influencia romana. Despues de la conquista que sometió sucesivamente los pueblos á la dominación de Roma, se formó una especie de unidad pagana; esta unidad era imperfecta y revelaba la impotencia del paganismo, pero preparó los espíritus á una religión que ostenta la alta ambición de abrazar á la humanidad entera.

Este cosmopolitismo tiene su contra. Los hombres no pueden considerar como su patria al mundo; necesitan concentrar su afección sobre la ciudad ó sobre la nación para que sea eficaz. Cuando la patria se extendió á un imperio que abarcaba tres continentes, se debilitó grandemente la idea de patria; un vago y estéril cosmopolitismo sustituyó al amor ardiente que los Griegos y los Bárbaros habían consagrado al suelo en que nacieron. Quien tiene por patria al universo puede decirse que no tiene patria. De aquí la debilidad de los pueblos ante la invasión de los Bárbaros, á los que ninguna resistencia opusieron, porque no tenían patria que defender.

N.º 3.—Los Bárbaros.

Los Bárbaros, á la vista del imperio romano que venían á destruir, fluctuaron entre el odio y la

admiração. Se cuenta que un rey de los Godos había jurado, en su orgullo, que nunca pondría los pies sobre el suelo romano. Atraído á Constantinopla por Teodosio, el jefe bárbaro exclamó: "¡El emperador es un Dios sobre la tierra!" Realmente, la civilización romana no carecía de grandeza, á pesar del envilecimiento de las poblaciones. Los Bárbaros hubieran querido mantener en su provecho esta magnífica unidad. Prueba de ello las tentativas de Carlo Magno. El papa ciñó á sus sienes la corona imperial. Pero la misión de los Bárbaros era otra que restaurar la dominación romana. En realidad, el imperio de Carlo-Magno sólo tuvo de la unidad las apariencias; el principio de diversidad, de individualidad, cuyo enérgico órgano eran los pueblos germanos, minó el edificio de la unidad imperial y preparó el régimen del feudalismo.

El trabajo de unidad que las armas de los Francos llevaron á cabo, y que puede considerarse como una preparación para la unidad futura, merece la atención del historiador. Antes de la invasión, los Galos y los Germanos habían sido siempre enemigos. En el imperio de los Francos, las dos razas se unen por las armas, es cierto; pero al ménos aprenden á conocerse. Los Galos y los Germanos utilizaron este movimiento de unidad. La Bretaña y la Aquitania fueron definitivamente conquistadas por los Carlovingios. Puede esto considerarse como una preparación de la unidad francesa. En Alemania se requirieron también sangrientas guerras para poner en contacto á las diversas tribus. Las armas de los Carlovingios domaron el espíritu de independencia de los Turingios, de los Alamanos y de los Bávaros; los Sajones fueron vencidos despues de una lucha á muerte; su conversión completó la unidad de la Alemania, si unidad puede llamarse lo que no pasaba aún de una mezcla de tribus hostiles en el fondo, á pesar de su reunión bajo un mismo imperio.

Si los emperadores romanos no merecían el título de señores de la tierra, mucho ménos podía llamarse universal la monarquía de Carlo-Magno. El Oriente era ó enemigo ó desconocido. La Inglaterra estaba en poder de los Anglo-Sajones, la España de los Árabes. Muchas tribus eslavas reconocían la soberanía de Carlo-Magno; pero el hecho no pasaba de un homenaje accidental. Necesitá-

ronse treinta y tres años de combates para reducir á los Sajones. En el Norte había un pueblo más indomable aún, porque reinaba sobre la inmensidad de los mares: los Normandos, en vida del mismo Carlo-Magno, se atrevieron á atacar su imperio, é influyeron mucho en su disolución, por más que no pasáran de algunas bandas de piratas; prueba elocuente de lo débil que era la unidad que los Bárbaros habían llegado á establecer sobre las ruinas de Roma. Faltábales el genio de la unidad: su imperio estaba viciado en su esencia; sólo eran fuertes por el espíritu de individualidad; y el imperio impedía su libre desenvolvimiento.

Los Francos desconocían la idea de Estado; las relaciones políticas se confundían, como en todos los pueblos bárbaros, con las relaciones de derecho privado. Para los reyes francos, el Estado consistía en ciudades, en dominios, en rentas. Mirábasele como una propiedad de familia, y de aquí las divisiones de la monarquía hechas por Clovis y sus sucesores: son propietarios que distribuyen sus bienes entre sus hijos. De tal manera estaba arraigada esta idea en las costumbres, que sobrevivió al restablecimiento del imperio de Occidente. Carlo-Magno olvidó que era el restaurador de la unidad romana para obrar como lo hubiera hecho un Merovingio.

Los reyes germanos, al sustituir á los emperadores, hubieran querido heredar la administración imperial que había producido tantas maravillas. Pero ¡cosa notable! en el imperio de los Francos no había ni funcionarios ni contribuciones; no había funcionarios, porque no había Estado, siendo personales todas las relaciones de derecho civil más que de derecho público. Los empleos que nosotros llamamos únicos se reducían á servicios privados; los servidores del rey y de la reina desempeñaban los cargos que hoy se consideran como los más altos del Estado: los domésticos, mariscales, camareros, tesoreros y merinos servían de ministros á los Merovingios. Las cosas no cambiaron mucho en el imperio de Carlo-Magno. La realeza era el único principio de unidad; pero como, propiamente hablando, no había Estado, la unidad era sólo aparente. De aquí la rápida decadencia de la monarquía franca y del imperio. Al cabo de algunas generaciones, los reyes se ven dominados por la aristocracia naciente de los beneficiados y de los condes. Los Francos, incapaces de fundar

una gran sociedad, se agrupan en torno de pequeños centros locales; los condes y los duques, que debían ser los órganos del poder central en las provincias, se ponen á la cabeza de ese movimiento local contra la realeza.

Este movimiento de localización tiene mucha mayor importancia que la unidad imperial restaurada por Carlo-Magno, porque de él procedió el feudalismo, era nueva que abre la civilización moderna, al paso que el imperio resucitaba formas muertas. La unidad no existía más que en la voluntad del príncipe; la diversidad reinaba en los espíritus y en las cosas. Á pesar de los esfuerzos de Carlo-Magno, continuó el trabajo de disolución. Desaparecen los impuestos, las contribuciones degeneran en tributos señoriales, y el rey percibe los censos, no en calidad de rey, sino de señor y dueño de las personas ó de los bienes acensuados. Este hecho es el signo de una profunda revolución. El rey no es el único señor en su reino; al lado suyo hay grandes propietarios, beneficiados, condes, duques, que tienen igualmente hombres libres bajo su dependencia. Es esta la disolución de la aparente unidad del imperio. Bajo los sucesores de Carlo-Magno, la aristocracia local se subleva contra la realeza; la unidad sucumbe, y de la disolución surge una sociedad nueva, más fuerte que el imperio carolingio, por más que se encuentre dividida hasta el infinito; esta sociedad responde al genio de los pueblos germánicos, al paso que la unidad imperial estaba en contradicción con las necesidades de los pueblos y con los designios de la Providencia.

N.º 4. — El feudalismo.

El feudalismo abre la era de la civilización moderna, y es una elocuente manifestación de la ley del progreso que rige á la especie humana. Los Bárbaros aportan á la humanidad un elemento de vida que los más grandes filósofos de la antigüedad ni siquiera habían sospechado; la anarquía feudal era superior á la república de Platon. Entró los antiguos domina el elemento social: la ciudad absorbe al ciudadano y no deja lugar para el hombre; descansa sobre la esclavitud. Desde el momento que el régimen feudal se establece, ya no hay Estado. Cada propietario es rey en sus dominios, y parece que la sociedad va á reducirse á átomos.

No hay sociedad política ni ciudadanos; no hay más que individuos. El régimen feudal se propone por fin en el fondo el libre desenvolvimiento del individuo y la garantía de su independencia. Todo poder general desaparece, todo se localiza, soberanía, costumbres, ideas. El derecho, esta expresión viviente de la sociedad, varía hasta el infinito. Entre los Romanos, era el más activo instrumento de una unidad que absorbía á todas las individualidades nacionales. En la Edad Media pierde todo carácter de generalidad; cada baronía, cada merindad, tiene su usaje; el derecho, imagen de la sociedad, ostenta una variedad infinita. Entre los antiguos, los hombres se dividían en libres y esclavos, mediando un abismo entre la libertad y la servidumbre. El feudalismo no conoce ni la libertad ni la servidumbre antiguas. Existe, es verdad, una clase dominante y otra dominada; pero los mismos señores dependen de un soberano, y el estado de los siervos varía desde la abyección, que casi asemeja á la esclavitud romana, hasta la condición que se equipara con la libertad moderna.

La ausencia completa de unidad conduce á un aislamiento que, á primera vista, parece absoluto. Jamás, dicen los historiadores, se ha visto el individuo de tal suerte aislado: no sabe si existe un mundo más allá del valle que habita y donde se encuentra como apegado al suelo. En la antigüedad, la guerra aproximaba á los hombres. En la Edad Media, la guerra es también permanente, pero no remueve, por decirlo así, sino á los que en ella toman parte, teniendo lugar entre vecinos las hostilidades; algunos vasallos tienen el derecho de regresar por la noche á su casa; otros no están obligados á salir fuera de los límites de la baronía. Las comunicaciones que Roma había practicado para las exigencias de sus conquistas ó de su gobierno subsistían; pero para utilizarlas faltaba el instrumento de una administración poderosa. Bajo el imperio de los Francos, las postas romanas habían caído en decadencia; durante el feudalismo, se limitaron á un servicio feudal, restringido como las necesidades de los hombres: reducíase al derecho establecido en favor del abad ó del señor de tomar un caballo para su uso ó de alojarse en casa de sus vasallos: esto nos da la medida de las relaciones internacionales. Un viaje de una ciudad á otra era un acontecimiento, sin contar con los abusos feudales. Los habitantes de París no se atre-

vían á ir hasta Orleans sin pagar rescate á los señores de Monthléry.

Hemos dicho que la diversidad feudal constituía un progreso sobre la brillante civilización de Grecia y Roma, y con efecto, dió á la humanidad el espíritu de libertad individual que faltaba á los antiguos. Mas si el régimen feudal se hubiera desarrollado lógicamente en el sentido de la individualidad germánica, hubiera arrastrado al individualismo absoluto, es decir, á la disolución de la sociedad; pero tenía también gérmenes de unidad. Aquí encontramos los dos principios de unidad y de diversidad; en la Edad Media, este último es el dominante, porque es nuevo y porque debía penetrar en las entrañas de los pueblos modernos. Lo cierto es que al lado del elemento de diversidad se manifiesta un elemento de unidad. Cada barón es rey en su baronía, pero estos reyes feudales dependen de un soberano. El soberano está por encima y los grandes vasallos le prestan homenaje: el compromiso personal, la fe dada y recibida, es un lazo poderoso. Bien pronto la soberanía feudal, que en realidad no pasaba de una superioridad en el señorío, se convierte en verdadera soberanía. Los legistas romanos, sin los cuales es dudoso que la realeza hubiera llegado á dominar sobre los pequeños soberanos feudales, contribuyeron mucho á ello. Así los dos principios coexisten y el uno al otro se modifican.

Las municipalidades son también un elemento de unidad; proceden del feudalismo y están animadas del espíritu feudal; no obstante, cosa admirable, favorecen la disolución del régimen feudal, porque son el germen del Estado. El feudalismo descansa sobre convenciones; todas las relaciones, hasta la justicia, son de interés privado. Otra cosa se observa en el interior de las municipalidades. La ciudad es un poder público, y como tal prepara la sociedad moderna, formando un Estado en una época en que el Estado no existía aún. Durante el régimen feudal no hay administración, ni justicia, ni gobierno. El rey no puede mandar nada á los grandes vasallos, y sólo tiene derecho á los servicios consentidos por el homenaje. Otro tanto sucede en las relaciones del señor con sus vasallos. En las ciudades hay hombres libres que viven en comun, forman un cuerpo y tienen necesidades y derechos comunes, interesados todos en velar por la conservación de sus privilegios. Las

ciudades poseen un patrimonio que es preciso administrar; el comercio á que los habitantes se entregan exige medidas de proteccion; la industria pide organizacion y garantías. El concurso de todas estas causas produjo necesidades en que no había pensado el feudalismo: policia, seguridad, subsistencias, salubridad, caridad, no hay un solo ramo de la administracion que no sea objeto de la solicitud de las autoridades municipales.

Otro elemento poderoso de unidad bajo el régimen feudal es la fusion de las clases sociales. Los antiguos conocían el Estado como un fin, como un ideal al que sacrificaban todo, hasta los derechos del individuo. Sin embargo, en el seno de esas brillantes repúblicas no había unidad, porque un abismo separaba á los esclavos de los hombres libres, y porque entre las diversas clases de éstos se mantenía una guerra permanente. En la actualidad no hay esclavos, ni clases privilegiadas, ni clases dependientes. Hé aquí la verdadera unidad. ¿A quién la debemos? Ha sido preparada, durante el largo período de la Edad Media, por el régimen feudal que, en apariencia, consagraba una division tan radical como la que reinaba en las ciudades antiguas. Los antiguos, repetimos, no conocían la verdadera libertad; el primer gérmen se encuentra en el genio de los pueblos bárbaros que dominan en la Edad Media.

La esencia de la libertad estriba en que los derechos del individuo sean reconocidos y tengan una garantía. Esta libertad no existía en las repúblicas harto celebradas de Grecia y Roma. Los Germanos aportaron al mundo el principio de la individualidad, desconocido de los antiguos. Con el régimen feudal comienza el movimiento hácia la libertad, que se produce en todas las clases de la sociedad, desde los siervos hasta los grandes vasallos, é impulsa á la libertad general, sin la que la verdadera unidad no es posible. ¿Cómo se ha operado esta prodigiosa revolucion bajo un régimen que parece perpetuar la dependencia de las clases inferiores, sujetándolas al suelo é inmovilizándolas, por decirlo así? La jerarquia feudal descansa sobre la idea de un contrato; media un contrato entre el señor y el vasallo. La realeza era un poder consentido y que implicaba obligaciones reciprocas. Las libertades comunales descansaban tambien en un contrato establecido entre el señor y los habitantes. Esta idea de contrato acabó por penetrar en las cla-

ses serviles, y fué el principio de su emancipacion. No eran las cargas que sobre los siervos pesaban lo que constituía su miseria; los vasallos debían tambien servicios á su señor, pero servicios ciertos y definidos, al paso que las clases dependientes estaban entregadas á merced del más fuerte. La tendencia general del feudalismo era determinar las cargas, y en este concepto fué provechoso á las clases dependientes. El abismo que separaba al esclavo del hombre libre desaparece, y reina igualdad de derecho entre el siervo y el vasallo. La unidad existe, falta sólo desarrollarla en todas sus consecuencias.

Necesitábase ademas romper el aislamiento feudal. Á decir verdad, nunca fué tan absoluto como suponen los historiadores. La raza germánica es la dominante en la Edad Media, y su carácter distintivo es el movimiento incesante. El establecimiento de los Germanos en el imperio se llama la migracion de los pueblos; la última invasion de los Bárbaros fué la de los terribles Normandos que venían á buscar fortuna á través de los mares. El espíritu aventurero apenas deja á la sociedad feudal el tiempo de reposar. Desde que se constituye, los barones vuelven á emprender sus correrías. Las cruzadas son la gran aventura del feudalismo. Durante dos siglos, la Europa invade el Asia, y los tímidos emperadores de Constantinopla creen que es una nueva invasion de Bárbaros. Cuando la religion cesa de inspirar á los hombres de la Edad Media, el espíritu comercial los arrastra al descubrimiento y á la conquista de nuevos mundos. Hoy la emigracion se extiende en proporcion á la facilidad de las comunicaciones. ¿De dónde sale mayor número de emigrantes? De los países de raza alemana. El espíritu de aventura agitó profundamente á la Europa feudal; mezcló las poblaciones y fué el principio de las revoluciones que se han venido sucediendo hasta los tiempos modernos. El siglo XI tuvo sus emigraciones como las han tenido los siglos XV y XIX: los Normandos iban á buscar fortuna á la Pulla, como más tarde se ha buscado en el Nuevo Mundo. Esos aventureros llegaron á ser aliados de los papas contra los emperadores, y sirvieron de lazo entre las naciones más lejanas de Europa. Los unos fundaron reinos en Italia y en Sicilia, los otros se establecieron en Inglaterra; su conquista completó la nacionalidad inglesa, y la larga rivalidad de los conquistadores

con la Francia desarrolló el sentimiento nacional de los Franceses.

Las cruzadas fueron más que una revolucion europea, abrazaron dos mundos. La religion inspiró las guerras sagradas, pero sólo el espíritu aventurero de los hombres de la Edad Media las hizo posibles: ellas abrieron el Oriente al genio emprendedor de las razas germánicas; la Europa no tendrá reposo hasta que se haya asimilado ese mundo, por tanto tiempo hostil; entónces se realizará la unidad humana. Esta inmensa revolucion arranca del feudalismo, que, como hemos dicho, al lado del espíritu de diversidad, sustentaba tendencias á la unidad. Tan cierto es esto, que la Edad Media vió una tentativa de unidad, mitad política, mitad religiosa, por el papado y el imperio. El cristianismo es inseparable de los Germanos; ambos son elementos que el uno al otro se sustituyen y reciprocamente se completan.

N.º 5. — *El catolicismo.*

I.

Los pueblos antiguos buscaban la unidad por la vía de la guerra, y la monarquia universal realizó, dentro de ciertos límites, la ambicion de los conquistadores; pero esta unidad, producto de la fuerza, estaba viciada en sus fundamentos; no hay otra unidad verdadera que la que descansa sobre la union de las almas, y lo que une á las almas son los sentimientos comunes. Esta es la unidad que el cristianismo ambiciona establecer: se cree en posesion de la verdad absoluta; la verdad es una, independiente de las circunstancias exteriores y de las opiniones humanas: emanacion de Dios, ha sido y será siempre y por todas partes la misma. Si los hombres estuviesen imbuidos de esta creencia, su union tendria una base inquebrantable; abrazaria á todas las inteligencias y fundaria la sociedad espiritual. La pretension del cristianismo no va más allá de los espíritus, y abandona el mundo político á sus divisiones. Mas es evidente que si el ideal cristiano se realizara, acabaria la sociedad temporal por ser la imágen de la espiritual. El cristianismo forma una gran república; la religion, ligando á los hombres por una fe comun, les ha dado sentimientos comunes; de aquí una civiliza-

cion comun que constituye una preparacion á la unidad del mundo.

El cristianismo es tan emprendedor, tan aventurero, por decirlo así, como la raza germánica. Religion universal, no conoce las trabas ni las barreras que crean el aislamiento y la division del mundo feudal. En medio de los siglos de tinieblas, en que el vecino casi no conoce á su vecino, el espíritu universal de la religion se extiende, y á su influjo el hombre del Norte entra en relaciones con el del Mediodía: lazo de las almas, omnipotente aunque invisible. La Iglesia está animada del mismo espíritu de unidad que la religion. En el siglo XI, la sociedad civil parece inmovilizada entre los lazos del feudalismo. En la misma época, todo es vida y movimiento en la sociedad religiosa: la Iglesia se reforma; reúnen concilios sobre concilios; los legados del papa recorren el Occidente é imponen la voluntad de Roma al clero, apoyándose en los pueblos. El papado llega á constituir el poder espiritual despues de una lucha que conmueve á la Europa hasta en sus más oscuras aldeas. Órgano de Dios, va á dirigir el gobierno tanto de las cosas espirituales como de los asuntos temporales del mundo.

Hemos dicho que el espíritu de la Iglesia es tan aventurero como el del feudalismo; nada más natural. Los hombres de la Edad Media ¿no son monjes, abades, obispos y papas? La Iglesia no conoce señores ni siervos; recluta sus adeptos y sus servidores en toda la cristiandad, y llama á todas las inteligencias. El movimiento de una inmensa sociedad que prescinde de las barreras nacionales, en el seno de la Iglesia, se asemeja al espíritu aventurero. La vida de los prelados no es ménos agitada que la de los caballeros, y los solitarios tienen muchas veces una carrera más vagabunda que la de los guerreros.

Á decir verdad, los monjes se llamaban, sin fundamento, solitarios, por cuanto estaban en relacion con el mundo entero. Existían diversas órdenes religiosas, que se constituían en congregaciones, cubriendo el suelo de la Europa; los innumerables monasterios que como por encanto se elevan por todas partes, están en relacion con ciertos centros. Cuando un santo personaje daba el impulso, el movimiento tomaba una fuerza inmensa. San Bernardo comunicó esta vida á la orden del Cister, que poseía quinientas abadías en 1152, y mil tres-